

puede ser asumida por otros pastores, y en este caso Títo es más bien una personificación de ideales arcádicos en la línea de B. Riposati.

María Delia Buisel

• • •

**Félix Buffière, *Eros adolescent, la pédérastie dans la Grèce antique*. Paris, Les Belles Lettres, 1980. 703 pp.**

Si Ud. es profesor o aficionado a la cultura antigua y opina, con erudita convicción, que la filología es una disciplina aburrida cada vez más clausurada en el "formalismo pseudocientífico elitista" (en la terminología del marxismo), las 700 páginas de este libro lo convencerán de lo contrario. Por supuesto que a ello contribuye el tema, pero hay suficientes obras eruditas o literarias que lo tratan de modo absolutamente intolerable como para que resalten los méritos de Buffière: su exposición clara en un francés ágil con buen dominio de la lengua popular; perfecta diagramación, acápites reducidos, de una o dos páginas, con subtítulos reveladores y a veces divertidos; buen humor constante y el mejor "esprit" francés que en este caso lo deja ponderar "sin sobresaltos de indignación, ni gritos admirativos" ese amor "que parece matizar, en definitiva, el genio griego con su color particular" (657); una notable capacidad de síntesis —ya admirada en su obra clave<sup>1</sup>— y sobre todo la carencia de pedantería que nos permite sobrelevar sin casarnos cuenta su enorme erudición.

Está dividido en cuatro partes, amén de los índices, tablas, conclusión y prólogo. Tanto en el prólogo como en el epílogo ubica la pederastía dentro del cada día más amplio orbe de la homosexualidad con alarde de información sexológica, y se detiene en precisiones de léxico (homofilia, homosexualidad, efebofilia, pederastía, etc. —11/13—), y de conceptos (sodomía, inversión, ocasionalidad, etc.). Abstraigo los elementos definitorios sin perjuicio de seguir luego el orden de la obra. Buffière insiste en que la pederastía griega:

1) posee una complejidad que dificulta su actual comprensión. Ante todo "porque rechaza esta evidencia: se trata precisamente de *jovencitos* (*enfants, puïdes*), cualquiera sea la sorpresa o repugnancia que pueda despertar en los moralistas" (605). La edad de los *eromenes* o pasivos varía desde los doce años hasta el desarrollo de la primera barba, o mejor bigote (*hupené*), a eso de los 20 años, fin de la efebía jurídica; más allá se la considera homosexualidad, que era tan rechazada como en la sociedad moderna, o poco menos (652), porque la barba no era obviamente un límite muy riguroso. A su vez el límite de los *erastés* o activos se extendía hasta los 40 años, aunque Parménides prolongó su vigor hasta los 65 al igual que Zenón; Píndaro, que muere apoyando su cabeza sobre el hombro de un efebo (265), y Anacreonte hasta los 70 (610).

2) era un fenómeno a) concentrado en la clase dirigente, artistas, profesores y militares (617), pues Grecia, sobre todo el pueblo, no lo aceptaba sin resistencia (23). Supone lujo, ocio (617-8) y refinamiento intelectual, por lo que Diógenes la definió como una "distracción para vagos" (462); b) eminentemente transitorio (560) pues cesa al llegar el joven a su pleno desarrollo, como acabamos de ver;

3) se basa en otra experiencia que nos es ajena, y que no puede equipararse a nuestra atracción por el bello sexo, "esa pasión de orden sentimental y estética a la vez por un rostro bello y un hermoso cuerpo de jovencuelo" (568); es el ideal efébo de armonía y belleza física (127) que en la cerámica del s. V "invade todo, suplantando incluso a los dioses" (De Riddes y Deonna) (131), y que suscitó esta agudeza de Aristóteles: "¿Por qué ama uno a los lindos muchachos? —Pregunta de ciego" (131). Schopenhauer, agreguemos por nuestra cuenta a pesar de su adustez y de su sensibilidad extremadamente moderna, participó de esa admiración;

4) a diferencia v.g. de Roma (27), y de todos los pueblos, la pederastía griega, incluida la carnal, es acentuadamente pedagógica, y sin ellas nadie podía llegar a ser un verdadero "amigo de las Musas", por lo que resulta "un hecho cultural y social sin común denominador

con la homosexualidad contemporánea" (9).

5) Ese impulso pedagógico de orden espiritual como es lógico, explica los éxitos concretos en la formación juvenil, v.g. en la organización de batallones heroicos, y también la culminación de su desarrollo en la pederastia "sublimada" (usando la terminología de B., adicto a ciertos aspectos del freudismo) de Platón y Aristóteles, ese "amor ordenado a la fecundidad en el orden del alma: ser *erastés* (amante) de un joven, es formar con él una pareja espiritual, es fecundar el espíritu de quien se ama, su *eromene* (amado)" (6).

6) en consecuencia estamos frente a un elemento clave del mundo griego, y aunque B. no lo diga, sólo un idealista alemán con enorme influencia como W. Jaeger pudo interpretar toda la cultura griega, nada menos que desde la *paideia*, soslayando continuamente la pederastia que H. I. Marrou<sup>3</sup> —experto en el último Concilio— vincula precisamente con la *areté* o virtud, epicentro de las meditaciones de Jaeger, y lo mismo el protestante G. Nebel, sobre el que volveremos al final<sup>3</sup>.

"Los griegos, dice B., tienen conciencia de haber llevado tan lejos la pederastia que esta se ha convertido en el signo de su civilización, como sobre un escudo el *epicema*, el emblema que estiliza la personalidad del guerrero" (29). Nietzsche lo dijo con una imagen famosa: "Todas las grandes cosas realizadas por la humanidad antigua nutren su fuerza en el hecho de que el hombre estaba al lado del hombre", el árbol crece más alto "si la hiedra y la viña no se unen" (Aurora, aforismo, 503) (655). Y concluye B.: "más que la aventura banal de un placer cosechado, los griegos han abrevado en el amor de los adolescentes una extraña embriaguez para la razón y el espíritu" (657).

7) Los entusiastas de la estilística y las "ciencias del lenguaje" encontrarán un buen motivo para preocuparse por la utilidad de estas disciplinas porque no pueden distinguir entre la carne y el espíritu: "La expresión poética es por lo demás notablemente la misma: un Meleagro ha celebrado a los muchachos y las mujeres con las mismas palabras, las mismas imágenes, el mismo ardor apasio-

nado" que las utilizadas por los representantes del amor casto y platónico, pues según B., que sigue a C. Melman, "la idealización del objeto es la misma" (17-8). Para decirlo con el *argot* de la pederastia actual: la semántica homosexual coincide con la semántica mística.

8) Por último una observación que evitará cualquier mueca de escándalo: la homosexualidad y la pederastia eran comunes en otros pueblos de la época. "La Grecia antigua está lejos de ser un rincón particular del mundo donde el vicio se habría desplegado como una flor venenosa en un cálido vivero. Pero los griegos han discutido tanto sobre este hecho de civilización, lo han analizado tan minuciosamente, y han realizado tantas extensiones estéticas o literarias, que la pederastia casi nos parece su propiedad exclusiva" (40).

B. por su método y mentalidad tiende más a describir que a definir, y por ello no nos explica rigurosamente cual sería la peculiaridad de la pederastia griega —ese "color particular" ya mencionado (657)— frente a la de los otros pueblos antiguos; podemos sin embargo deducir del pasaje citado (40) y de lo dicho en el punto 6) que lo específicamente griego no es una peculiaridad sensual sino su preocupación intelectual, su plasmación estética, su entusiasmo por la juventud (655), y sobre todo —lo veremos luego— la evolución de sus mejores representantes (ya que la carne nunca evoluciona, sino el espíritu según puede observarse en Theomnestos) (525), hacia concepciones y experiencias sublimes que heredará la moral y la mística cristiana.

De todos modos, incluso por motivos ideológicos actuales caros a la propaganda izquierda y derecha, conviene recordar que según Sexto Empírico (35 y 470) entre los germanos era una práctica corriente, lo que indigna al historiador alemán M.H.F. Meier: "Esta imputación está contradicha por todo lo que sabemos de la castidad de los alemanes" (36). Como es lógico a B. le interesan más las desviaciones de los alemanes actuales, y por eso recuerda varias veces que algunos sectores del ejército nazi consideraban a la pederastia como un "alto rito" iniciático, expresión por otra parte bien francesa pues con ella poe-

za Verlaine su vínculo con Rimbaud. Se alude en cambio muy discretamente a las inclinaciones de los aliados. Privilegios del vencedor.

Pero B. modera su chauvinismo y al fin toma las cosas con más humor que Meier: "¿Protestaremos también nosotros en favor de los celtas, nuestros antecesores?" Sería una causa perdida, y por eso cita como testigos de cargo a Aristóteles, Estrabón, Diodoro, Ateneo y Posidonio.

Los judíos, por cierto que eran severos en sus leyes: pena de muerte para ambos, activo y pasivo (*Levítico*, XVII 22 y XX 13), lo que no asustó a la tribu de Benjamín (*Jueces*, XIX 23), y B. sospecha de David, que en el canto del Arca dice a Jonatham: tu amor me es más querido que el amor de las mujeres (*Salmos*, II, 1, 25).

El castigo de Sodoma y la historia de Lot (*Génesis*, 19,4), merece párrafo aparte, porque Buffière reduce todo a nivel humano, pero los habitantes de Sodoma —el texto incluye a los niños y a los ancianos— pretendieron violar a dos ángeles del Señor, no sólo a dos "hombres". Es comprensible, aunque atenta contra el vigor de la argumentación, que B. no ha querido seguir la discusión sobre el sexo de los ángeles, pero sin entrar en mayores precisiones, estos dos tenían sexo por lo menos "ad usum sodomitorum", lo que constituye un caso único pues en los mitos griegos —según mis conocimientos— los dioses gozan de mayores garantías. Usando la terminología moderna: la *Biblia* "en el plano de la conciencia mítica" nos ofrece una experiencia más vigorosa de la pederastia.

Pasemos ahora al temario de las cuatro partes.

#### PRIMERA: Siguiendo la Historia grande y la pequeña.

El título lo dice todo; son diez capítulos que abarcan desde los dorios a Zenón. En los dorios (cap. 3, 4 y 5), que la nueva derecha relaciona con los hiperbóreos, la pederastia tiene un carácter "esencialmente" militar, instrumento para la formación de guerreros; y como los militares son de pocas palabras y "no quieren atormentarse el alma convenciendo a los muchachos", impusie-

ron en Elida, Laconia y Beocia (49) la obligación moral de entregarse al amante (Discurso de Pausanias en el *Hanquete*). Así explica el famoso ritual del rapto en Creta (35), único sitio donde la homosexualidad era legal y constitucional, según Aristóteles por motivos maltusianos (62).

Lógicamente es imposible informar sobre los detalles y desarrollos de otras ciudades dóricas. Recordemos sólo el batallón sacro de Tebas, compuesto por parejas de amantes, una táctica que según Pammenos (98) superaba a la de Néstor, mediocre estrategia que ante Troya aglutinó el ejército por tribus, sobre la base de la raza y no del amor, ese gran aliado de Ares, digan lo que quieran los pacifistas actuales. Pues bien, los tebanos al mando de Epaminondas —amante emérito— batieron, gracias a este batallón, nada menos que a los espartanos —imprevisiblemente menos ardientes— en Leucra (371 a.C.) y los 300 invencibles amantes cayeron en Queronea (378 a. C.), todos heridos en el pecho por los macedonios (99).

Hesíodo fue el primero en celebrar a Eros como dios del amor, y especialmente del amor por los jovencuelos (101). Este tipo de amor se transformó en símbolo de la defensa territorial y patriótica de Beocia, como expresa el epigrama XIII 23 de la *Antología Palatina* (100).

*Pederastia y libertad*: La discutida práctica no sólo se convirtió en símbolo de la libertad exterior y las virtudes marciales, sino también de la democracia y las libertades ciudadanas. En Atenas, Aristogitón (activo) y Harmodio ven turbadas sus relaciones por Hiparco, hermano del tirano Hipias, a quien matan a costa de sus vidas. Algo semejante ocurrió con otras parejas "democráticas" v.g. Jaritón y Menalipo, Antileone e Hiparinos. Uno no puede menos que compartir la sorpresa de Plutarco ante el éxito y la gloria política de jóvenes que "no se sublevaron ante los tiranos cuando los vieron subvertir el estado y gobernar como ebrios; pero cuando estos tiranos intentaron seducir a los que amaban, entonces, como si se tratara de defender santuarios inviolables y sagrados, no escatimaron su propia vida" (107; *Eroticos* 760 d). Por eso Aristóteles, que ade-

más era excelente fenomenólogo, aconseja a los tiranos una cierta continencia en esta especialidad, al solo efecto de conservar el poder (108; I.V. de la *Política*).

Aunque B. no lo diga, el prestigio democrático de la pederastia y sus afines se prolonga hasta la actualidad. Basta leer los diarios y recordar la revolución francesa y el código de Napoleón.

*Tentativa de depuración:* B. se ve obligado por su propio plan a retomar obras o personajes desde otra perspectiva, y no podemos seguirlo, pero vale la pena destacar que Sócrates, quien confesaba no saber nada de nada salvo del amor, intenta depurar la tradicional pederastia carnal (161), y ni Aristófanes se atrevió a dudar de su continencia. La famosa provocación de Alcibiades está excelentemente analizada aquí (173) y en el cap. 23.

Platón se esforzó por "sublimar" las relaciones impuras (197), pero al final de su vida perdió la paciencia y renunció a semejante quimera... y no era para menos ya que hasta Zenón el estoico se vio obligado a cierta complicidad (236).

## SEGUNDA PARTE: El amor de los jóvenes y el canto de los poetas.

Como era de prever aquí la obra se torna abigarrada. Únicamente mencionaré a Alceo, gran precursor no sólo porque fue el primero en adoptar como tema este amor equilibrándole la balanza a Safo (diga lo que quiera Máximo de Tiro (549), y Schadewaldt, agreguemos), sino también porque lo vinculó a la lucha política y según Carducci exigió "el hierro para matar a los tiranos y el vino para festejar su muerte", y al variado Teócrito, que lo remontó a la edad de oro sin que le importara nada la formación y perfeccionamiento moral del amado (281), como suele ocurrir en los poetas; a Calímaco de Cirene y Posidipo de Pella, quienes no se dejaron apabullar por la biblioteca de Alejandría y se las arreglaron para "mezclar de buen grado, en los círculos letrados de la capital egipcia, los placeres de Baco y de Eros, a las alegrías más sutiles de las discusiones eruditas" (298), trabajos que recuerdan con cierta nostalgia desde su placentera interrupción. La profesión tenía en esa época

gratificaciones cuya desaparición debe haber contribuido a su decadencia.

De todos modos B. observa que "en ninguna parte aparece esa forma de amor puramente espiritual que soñaba Platón" (324).

Por último los dioses enamorados y las parejas heroicas cuyos ardores y nalgas sacraliza Esquilo en *Los mirmidones* (frag. 135 Nauck). En fin, está muy logrado el análisis de Aquiles y Patroclo sobre los que vale la pena recordar —a diferencia de la versión absolutamente heterosexualizada de intención propagandística— que Aquiles no elige la vida corta a cambio de una gloria abstracta, sino de la muy concreta que consiste en vengar a su amante (*Banquete*, 179e-180b, donde Aquiles es menor, lo que no ocurre en Homero).

## TERCERA PARTE: Eros en los filósofos: apologías, condenas.

Sócrates enfrenta a la "inteligencia" griega dos siglos después de Alceo, cuando la pederastia ya era un hábito tradicional en su aristocracia, y es el primero en plantearla como tema de discusión; defensor de la pederastia casta, al igual que Platón y Jenofonte (401), equipara la carnal a la relación lobo-cordero (400). Para Jenofonte la seducción es incluso peor que la violación pues pervierte el alma (402).

Pero a diferencia de Jenofonte, en el Sócrates platónico los motivos de la castidad son celestes y están desarrollados en el inmortal mito de los caballos y el alma del *Fedro*. Platón de todos modos es indulgente para los semi castos, los que usaron de la carne pero conocieron los delirios del amor: hay para ellos "una cierta felicidad" en el más allá (*Fedro*, 256 b-c), aunque no hayan experimentado el amor puro que existe en la fecundación espiritual (*Banquete*, 201e ss.). Buffière analiza muy bien la burla de Sócrates a la belleza física y al amor sensual de Alcibiades (420), y otros por el estilo.

También en la *República* hará Platón concesiones a la pederastia carnal pues permite caricias indomables —una de sus mayores utopías—, lo que le valdrá el reproche de Aristóteles y la ironía de Cicerón (427). Pero en las *Leyes*

su intransigencia es total (reprime incluso el amor ortodoxo extramatrimonial) y considera antinatural a la pederastia con el fallido argumento de la supuesta heterosexualidad de los animales; el placer del amor es inseparable de la procreación, estableciéndose una de las leyes morales que adoptará el cristianismo, y Buffière agrega polemizando con Melman: "se ve que esta ética (la "judeocristiana") debe mucho a... Platón" (426). En el s. I el estoico Musonio Rufo extenderá el criterio de Platón a los esclavos.

Aristóteles sólo toca el tema incidentalmente como aspectos especiales de su psicología y biología del amor (v.g. el erotismo anal): el activo busca el placer y el pasivo su interés (436); en la *Política* (I. VII) propone combatir la pederastia carnal "con métodos de educación muy estrictos que hoy se consideran puritanos" (437). La conocida tesis aristotélica de que el hábito crea una segunda naturaleza conserva sin duda su interés aun dentro del psicoanálisis actual (446-7). Sea como sea Aristóteles no condena al pasivo pues actúa por naturaleza original o adquirida (449).

El hedonismo absoluto florece con los cirenaicos y Aristipo, entre los que vale todo siempre que resulte agradable (480).

En los capítulos 29 y 31 B. analiza comparativamente el *Eroticós* de Plutarco y los *Amores* del pseudo Luciano (s. II d.C.), obras donde se contraponen por medio del diálogo argumentos en pro y contra de cada tesis. Lógicamente Plutarco inclina demasiado la balanza en favor de los amores platónicos y matrimoniales, de modo que los carnales quedan en absoluta indefensión argumental.

Musonio Rufo, en esta línea y poniendo la especulación griega al servicio del mundo latino, realiza una decidida apología del amor matrimonial, que no se reduce a la procreación e incluso favorece la actividad filosófica del sabio. Esto último puede parecernos un tanto exagerado. De todos modos Musonio constituye un claro eslabón con el cristianismo y según dice Buffière "... estamos lejos de Sócrates, que no había hecho nada, subraya Antístenes, para instruir y formar a su mujer, la única

persona a la que había ahorrado sus consejos..." (500).

Y ya que hablamos de mujeres: observemos de pasada en un tema y capítulo (cap. 30) muy complejos que la presentación de Eurípides como el misógino por antonomasia necesita matizarse. En el ámbito de nuestra lengua recuerdo los trabajos de Alsina\*.

#### CUARTA PARTE: La pederastia y la vida cotidiana.

Esta sección, la más corta, retoma aspectos ya adelantados, alguno de los cuales incluimos al comienzo.

##### Observaciones finales.

###### A) Naturaleza.

Buffière practica la fenomenología con bastante convicción. Este es su fuerte y también su debilidad porque en un tema tan escabroso alguna vez tenía que vérselas con el ser de las cosas, con la abominable metafísica y preguntarse si existe el varón, o por lo menos el macho, aunque más no sea como mero ente de razón. Y en caso de respuesta positiva ¿cuál es su naturaleza? (palabra tremenda); ¿puede hablarse de natural y antinatural en las relaciones sexuales?; ¿existe un orden natural en la sociedad?; ¿cómo influyen en él las relaciones homosexuales y pederásticas? Esta última pregunta exigía por lo menos un capítulo, pero como B. eludió la primera, las restantes no pueden plantearse.

Incluso yo sé que estas preguntas descalifican a cualquier crítico y hasta constituyen una salida de tono, una especie de falta de educación universitaria. Sé también que Buffière no se ha propuesto meditar ontológicamente sobre la pederastia, pero no se necesita ser un apasionado de la metodología para darse cuenta de que los criterios ontológicos, o la aparente falta de ellos, que es lo mismo, influye sobre el método, sobre la presentación de los problemas y sobre los resultados de la obra.

Veamos algunos ejemplos. B. utiliza constantemente el recurso de contraponer o realizar paralelos entre un hecho o criterio griego y uno actual, lo cual es de por sí muy eficaz y evidentemente tiene por objeto y resultado la conclu-

sión de que la humanidad no ha variado gran cosa y tampoco hay motivos para escandalizarse. Los modernos elegidos son, como era previsible, los sexólogos herederos del más riguroso empirismo. Hasta allí, pasa, pero otra cosa es aceptar sin más el criterio de naturaleza expuesto en el acápite "Datos actuales sobre el erotismo anal" (440-442), donde basado en el comportamiento de los perros (¿por qué no se habrán tomado como módulo los escarabajos coprófagos?), acepta la conclusión de que "estos perros constituyen sin embargo la prueba de que esta repulsión de los excrementos no es en el hombre natural, sino adquirida; e igualmente la repulsión por el coito anal que le está vinculada" (441). La cita de Guasch de la p. 572 está en la misma línea.

El concepto de naturaleza tiene una larga tradición y está excesivamente discutido como para que se admita sin advertencia previa este tipo de simplificaciones que parecen más adecuadas para lograr una posición intelectual (y comercial) cómoda que para ponderar seriamente el fenómeno, sobre todo cuando el propio Buffière se adhiere implícitamente a los criterios de la ética tradicional en la cita de p. 426, ya glosada.

De ningún modo quiero cargar tintas sobre Buffière, ya que W. Jaeger, cuya obra magnífica es siempre el punto de referencia obligado, pudo realizar su síntesis prescindiendo y negando "la más grande reacción del espíritu griego y la herencia más grande que ellos dejaron a la humanidad, es decir la ontología"; según la aguda observación de Eilhard Schlegelinger<sup>5</sup>.

#### B) Relación con el cristianismo.

Buffière trata sólo tangencialmente la repercusión de la pederastia en el cristianismo. Este, si bien condenó la pederastia carnal, heredó, *uelis nolis*, los frutos de la sublimación platónica, que no consiste sólo en la separación del alma y cuerpo y la moral severa de las *Leyes* (7), sino en la gran matemática y el lenguaje del amor, amén de la metafísica.

B. sostiene (650) que en Grecia se produce una "evolución de la conciencia moral... a medida que se afirmaba el espíritu crítico y el sentimiento moral", hasta la condena realizada por

Platón. De esta purificación resultará heredero absoluto el cristianismo ya que no varió entonces la posición del griego medio (651), los poetas y los intelectuales.

Aunque estemos en Francia, aquí se acaba la "libertad del espíritu" y comienza la autocensura.

Indudablemente una mera problemática destructiva y un trasfondo crítico exclusivamente moral (por lo demás muy discreto e indefinido) se encuentran azorados ante consecuencias o resultados obvios que no se atreven a enfrentar. Un método que rastrea las fuentes y los antecedentes de cada detalle literario, intelectual, etc., no puede eludir la discusión alegando una relación "demasiado singular" (p. 44 nota), porque para el lector —presuntamente científico— que carece de fe, nada humano es demasiado singular; y para el que tiene fe, el cristianismo es una novedad absoluta en su peculiaridad, a la cual sin embargo por adopción de Terencio, "nada humano le es ajeno"; esto es lo que le permite analizar los antecedentes, las prefiguraciones o "intimations of Christianity", como las llamó Simone Weil, precisamente para definir la peculiaridad cristiana.

En este sentido y tema vale la pena citar a dos protestantes. El pensador y escritor luterano Gerhard Nebel en *Pindar und die Delphik*<sup>6</sup> limita el alcance del juicio moral para la comprensión de lo humano (99), explica el valor político conservador y tradicionalista de la pederastia griega (91), conclusión que necesita puntualizaciones; y sobre todo recalca que la condena de los profetas bíblicos a la prostitución sacra, y por consiguiente a la pederastia, tiene sus fundamentos en motivos de fe y no de moral, pues estos mitos impulsan a Israel en una dirección errónea: hacia los orígenes, hacia la creación o el caos primigenio y lo alejan de la promesa de la alianza futura (93-95). No corresponde aquí juzgar sobre sus criterios que llegan a enmendarle la plana a San Pablo (93) por haber tenido presente la pederastia sólo como vicio decadente, sino destacar su enfoque desde la teología y las religiones comparadas.

Un continuador, Ulrich Mann, intenta en *Vorspiel des Heils*<sup>7</sup> una interpre-

tación total del helenismo dentro del plan de salvación, y se enfrenta varias veces con nuestro tema, v.g. a raíz de los Dióscuros de Píndaro, para culminar en el acápite "Encarnación del Eros" donde traza un paralelo entre las relaciones maestro-discípulo, que puede no satisfacer como solución, pero que sin duda no elude los problemas.

C) Pederastólogos contemporáneos.

Por último Buffière cita diversos intelectuales, más o menos invertidos, pederastas u homosexuales, pero siempre, o casi, como ejemplo o paralelismo con las costumbres modernas, de acuerdo con el método ya criticado, sin analizar su acierto en la comprensión de la antigüedad, como debía ocurrir. Así v.g. André Gide, a pesar de que su ubicación intelectual y espiritual está muchas veces en los antípodas de los modelos griegos; Paul Claudel, que *ahondó* su amistad precisamente por este motivo, ha revelado además aspectos claves de su actitud religiosa.

Por eso me voy a permitir recordar un poeta moderno, Federico Hölderlin, que sin ejercer estas heterodoxias logró una de las mejores comprensiones, dentro de la línea hegeliana, de la pederastia redimida por Sócrates. El texto suele citarse trunco (sólo la primera línea de la respuesta de Sócrates), y sin explicar su contexto por las lógicas inconveniencias apológicas:

#### Sócrates y Alcibiades

—¿Por qué honras tú, divino Sócrates, siempre a este joven? ¿Nada conoces superior?

Por qué con amor,  
como a los dioses, lo  
contemplan tus ojos?

—Quien ha contemplado lo más profundo ama lo más viviente.

Entiende la noble virtud quien ha mirado dentro del mundo y se inclinan los sabios con frecuencia, al final, hacia lo bello.

Octavio A. Sequeiros

#### NOTAS

1 *Les mythes d'Homère et la pensée grecque*, Paris, Les Belles Lettres, 1956.

2 Henri Irenée Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, Bs. As., Eudeba, 1970, cap. II, "De la pederastia como educación", p. 31 ss.

3 Gerhard Nebel, *Pindar und die Delphik*, Stuttgart, Ernst Klett, 1961, pp. 97-98.

4 José Alsina, "Studia Euripides" II y III, en *Estudios Clásicos* Nros. 8 y 9, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1957 y 1958.

5 Eilhard Schlessinger, en su reseña a *Paideia*, en *Orthodoxia* Nro. 3, 1943, pp. 209-211.

6 Nebel, *op. cit.*

7 Ulrich Mann, *Vorspiel des Heils-Uroffenbarung in Hellas*, Stuttgart, Klett, 1962, p. 286 ss.

8 Hölderlin, *Sämtliche Werke*, Insel, 1961, p. 190:

#### Sokrates und Alcibiades

—Warum huldigst du, heiliger Sokrates, Diesem Jünglinge stets? Kennst du Grössers nicht?

Warum siehst mit Liebe,  
Wie auf Götter, dein Aug  
auf ihn?

—Wer das Tiefste gedacht, liebt das Lebendigste,  
Hohe Tugend versteht, wer in die Welt geblickt,  
Und es neigen die Weisen  
Oft am Ende zu Schönerm sich.

Acepto la variante "Tugend" por "Jugend", que es también la que prefiere Walter Otto, *Die Götter Griechenlands*, p. 160.

\* \* \*

Eric Dahlén, *Remarques syntaxiques sur certains verbes pronominaux en latin et en langues romanes*. Göteborg, 1977, 60 pp. (Acta Universitatis Gothoburgensis, Studia Graeca et Latina Gothoburgensis, XXXVII).

Estudio de la actitud pronominal de ciertos verbos de movimiento, de cambio o de reposo, de los sentidos, de